



VII EDICIÓN CLUB DE LECTURA DEL HOLOCAUSTO.

LIBRO 4: IMRE KERTÉSZ, *DIN DESTINO*.

REUNIÓN: CENTRO SEFARAD-ISRAEL (26-II-2020).

CONCLUSIONES.

—Gyorgy **acepta con naturalidad, sin lamentos, el orden de los campos**, como antes, al principio de la novela, aceptó el orden autoritario de su padre.

«Auschwitz, dije a mi mujer, me pareció más tarde una mera exacerbación de las mismas virtudes para las cuales me educaron desde la infancia. Sí, allí, en mi infancia, con mi educación, empezó mi imperdonable quebrantamiento, mi supervivencia jamás sobrevivida» (*Kaddish por el hijo no nacido*, p. 137)

—Paradoja de que, en el lugar de máximo sufrimiento y opresión, Koves descubre la libertad y la felicidad. Lo que más recuerda de **Auschwitz es la felicidad y la libertad:**

«Experimenté mis momentos más radicales de felicidad en el campo de concentración [...] Estar muy cerca de la muerte es también una especie de felicidad. Sólo sobrevivir se convierte en la mayor libertad de todas» (Entrevista Newsweek).

—Significado del «destino» del título y su relación con el final de la novela. **Si hay libertad, no hay destino:**

«Si existe la libertad entonces no puede existir el destino, por lo tanto, nosotros mismos somos nuestro propio destino» (p. 260).

—El libro **no responde a la pregunta: ¿Qué es ser judío?** En el capítulo inicial se cuestiona por parte de Annamaria, pero el protagonista apenas le presta atención. En el capítulo final, la duda sobre el supuesto “destino” de los judíos persiste.

«Ahora ya sabía explicarle lo que era ser “judío”: nada, no significaba absolutamente nada por lo menos para mí, por lo menos originalmente, hasta que empezó lo de los pasos [...] Yo había vivido un destino determinado; no era ése mi destino pero lo había vivido. No comprendía cómo no les entraba en la cabeza que ahora tendría que vivir con ese destino.» (p. 121).

—Según Kertész, los **libros de Semprún y Primo Levi hablan de antes de Auschwitz** y los suyos de *después*:

«La próxima vez que me atosiguen con Primo Levi, con ese escritor mediocre en el fondo, responderé que nuestros libros —el suyo, el mío— transcurren en momentos históricos diferentes. El suyo ocurre antes de Auschwitz y narra Auschwitz; el mío transcurre después de que Auschwitz ocurriera y tiene por objeto las *consecuencias* de Auschwitz» (*La última posada*).

—**No hay «malos»** en *Sin destino* y la opresión es impersonal, sin maniqueísmo ni victimismo.

«En casa siempre se había hablado con respeto de los alemanes. Me fijé también en las dos líneas en forma de rayos que llevaban en el cuello del uniforme. Así comprobé que pertenecían a las famosas unidades SS, de las que había oído hablar largo y tendido. Ahora puedo afirmar con toda seguridad que entonces no los encontré peligrosos: iban y venían despreocupadamente, al lado de nuestras filas, respondiendo a preguntas, asintiendo con la cabeza, dándonos simpáticas palmaditas en la espalda» (pp. 87-88).

—Kertész demuestra una capacidad de narrar el horror no como si fuera protagonista, sino un **mero espectador de los acontecimientos** que se van concatenando, lo que demuestra una inmensa calidad literaria. A algunos lectores les ha producido bastante tristeza.

«Más lejos advertimos, con sorpresa, la presencia de otra chimenea, y otra, y luego otra más, en el horizonte. Dos de ellas desprendían humo la nuestra. Quizá también tuvieran razón los que sospechaban del humo que salía de detrás de un bosquecillo con árboles poco frondosos, los cuales se preguntaban si la epidemia sería tan grande como para que hubiera tantos muertos.» (p. 112).

—Aun siendo ficción, literatura, **se muestra la vida en los campos y la crueldad a ellos inherente**, incluso aunque al protagonista no le conmueva ni le sugiera una especial repulsa. En el capítulo final —un tanto contradictorio respecto a su pasotismo anterior- el protagonista declara que el odio es su sentimiento dominante.

«"Es horrible" Sin embargo, no es esa palabra, no es esa experiencia —por lo menos para mí- la que mejor define la situación en Auschwitz.» (p. 121).

«Me preguntó qué sentía al estar de nuevo en casa, al ver la ciudad que había tenido que abandonar. Le dije: "Odio [...] A todo mundo", respondí» (p. 245).

—**Visión de un adolescente de la época**, lo que habla de la calidad como escritor de Kertész, poniéndose en la mente de un chico de 15 años. Esos adolescentes de entonces que, por otra parte, podrían ser también los de nuestra misma actualidad.

«Tuve que reconocer que tenían razón los que al principio del viaje habían señalado que era una suerte que en nuestro vagón no hubiese niños pequeños, ni personas mayores, ni enfermos. La tercera mañana, la vieja se calló. Decían que había muerto de sed. Bueno, la verdad es que sabíamos que era vieja y que estaba enferma, y todos, incluido yo, consideramos que al fin y al cabo era comprensible que se muriera» (p. 79).

—El escritor hace un **juego entre lo que el protagonista desconoce (deportación, *lager*, muerte...)** con lo que lector ya conoce de antemano y, por tanto, no hace falta explicarlo al detalle. No hay detalles, como tampoco fechas, nombres, etc... En realidad, no es relevante.

«Seguramente —dijo con una expresión un tanto cohibida— habrás tenido que pasar penurias, hambre y quizás también te hayan pegado.» “Naturalmente”, le dije, y entonces se enfadó mucho y me preguntó casi gritando: “¿Por qué respondes a todo *naturalmente*, cuando te estás refiriendo a cosas que no lo son en absoluto?” Le contesté que en un campo de concentración sí eran cosas naturales.» (p. 247).